

# ORSON WELLES CONVOCÓ A LOS MARCIANOS

Era el 31 de octubre de 1938, el año de Munich.

Checoslovaquia era por aquel entonces centro de la atención mundial, como ha vuelto a serlo recientemente, y los Sudetes estaban ya en manos de los alemanes. Dos días después, el gobierno húngaro de la pleguerra iba a apoderarse de otra porción de aquel país torturado; las vidas y libertades de 860.000 checos quedarían en sus manos. Los ciudadanos de otros países sintonizaron angustiosos sus aparatos de radio, preguntándose de dónde procedería la próxima amenaza a la paz del mundo. Algunos de sus dirigentes empezaron a opinar, sin embargo, que lo que estaba a punto de ocurrir allí, en la Europa Central, era un asunto que concernía sólo a «gente que no conocemos» en un país un tanto lejano. «¿Por qué morir por Danzig?», se preguntarían muy pronto.

En tales circunstancias, aquel domingo por la noche, sorprendió a los ciudadanos de Estados Unidos la noticia de una emisora radiofónica según la cual los marcianos habían comenzado la ocupación del país.

Aquella misma noche, un amigo mío sintonizó la radio del coche en el que viajaba de Maryland a New Jersey.

mentos música de un espectáculo de Broadway. La música sirvió para tranquilizarle. Los efectos del terremoto anunciado no podían ser demasiado graves; si no, todas las emisoras de aquel área estarían ya hablando del desastre.

## COMO UNA CULEBRA GRIS

Volví a sintonizar el programa de Orson Welles, para descubrir que había sido interrumpido por segunda vez. Ahora estaban entrevistando a un profesor de la Universidad de Princeton. El locutor preguntaba al profesor si era posible que el temblor de tierra lo hubiese producido un gran meteorito que, al parecer, algunos habían visto caer en aquel área. El «científico» se mostró bastante escéptico al respecto, pero eludió, prudentemente, la pregunta. Mi amigo no reconoció el nombre del científico, pero Princeton es una Universidad bastante grande y, claro está, no se puede estar en contacto con todos los profesores. El entrevistado dijo que se reservaría la opinión hasta que fuesen suministradas ulteriores pruebas.

Mi amigo pensó que la respuesta del «científico» estaba de acuerdo con el mejor espíritu de Princeton.

En aquel instante, un locutor destacado en el lugar del siniestro comenzó a describir el objeto caído para los radioyentes. «Señoras y señores —exclamó repentinamente—, ¡esto es terrible! Uno de los extremos de la cosa está empezando a descascarillarse. La parte superior comienza a rotar ahora. Parece que está hueca... ¡Dios mío!, de entre las sombras sale una especie de culebra gris. Ahora sale otra y otra. Son tentáculos. Ahora puedo ver mucho mejor el cuerpo de esa cosa. Es tan grande como un oso y reluce como cuero mojado. Pero el rostro... es indescriptible. Sus ojos son negros y brillan como una serpiente. Tiene la boca en forma de uve. De sus extraños labios, que parecen tiritar y pulsar constantemente, está saliendo saliva... ¡Un momento! ¡Ocurre algo!».

El locutor destacado sobre el terreno dijo entonces que un grupo de hombres había empezado a acercarse a la criatura. Entonces se oyó una especie de silbido, seguido de un zumbido cada vez más intenso. Dominado por el pánico, el locutor empezó a

la noche, las emisoras de radio de todo el país se vieron obligadas a tranquilizar al público, asegurándole que todo era una broma, que no se había producido ninguna invasión procedente del espacio exterior. Días más tarde, los periódicos de Nueva York llevaban un anuncio del departamento de libros de los grandes almacenes Gabel's: «Si toda las personas que acudieron a las comisarías o llamaron a sus mamás, el domingo por la noche, hubiesen leído a H. G. Wells, no habrían perdido la serenidad. De modo que para no sufrir pesadillas en el futuro, Gimmel's le recomienda que lea, en el plazo más breve, cuantos libros de terror pueda».

El programa era, de hecho, una adaptación de la «Guerra de los mundos», del citado novelista británico. Al situar la acción en los Estados Unidos en lugar de Inglaterra, Orson Welles había conseguido aterrorizar a un país que se sentía al amparo de los peligros que amenazaban por aquel entonces a los europeos.

Llegó la Segunda Guerra Mundial. Y luego la guerra fría. La televisión sustituyó a la radio en la mayoría de los hogares americanos, y, en los programas televisivos, los peligros ya no venían de Marte, sino de Rusia.

# FICCIÓN-POLITICA EN TV

Mi amigo estaba matriculado en la Universidad de Princeton. Había pasado el fin de semana con sus padres, y volvía al campus de Princeton a reanudar sus estudios.

De todos los programas que le ofrecían las emisoras de radio locales, eligió el dramático del actor y director Orson Welles, que se transmitía una vez a la semana, simultáneamente, por una red compuesta por cientos de emisoras a lo largo y a lo ancho del país. Welles tenía ya por aquel entonces fama de joven inteligente y lleno de imaginación, y sus emisiones eran muy populares, sobre todo entre los jóvenes.

Los viejos le encontraban un tanto inquietante.

El programa de aquella semana comenzó, inocentemente, con una obra basada en un tema para nada relacionado con la «ciencia-ficción». Tras un breve intervalo, el programa fue interrumpido por una «noticia relámpago especial». El locutor anunció que había rumores de que se había producido un terremoto en New Jersey. Aclaró que tendría informado al público en caso de que se confirmase la información. Tras esta interrupción, se reanudó la transmisión de la obra.

Aquel anuncio no alarmó demasiado a mi amigo. No era un ignorante en cuestiones científicas y sabía que en aquella sección del continente no era muy probable que se produjesen terremotos.

No obstante, su Universidad estaba situada precisamente en el área amenazada, según el locutor, y, consecuentemente, buscó otra emisora local. Esta emisora ofrecía en aquellos mo-

mentos gritar: «Una forma jorobada está saliendo del hoyo. Veo un pequeño resplandor reflejado en un espejo. ¿Qué es exactamente? Una llama sale de ese espejo y salta hacia el grupo de hombres que avanza hacia la cosa. ¡Dios mío! Los hombres se han puesto a arder... Y los bosques... Y los graneros... ¡Viene hacia aquí!» Se oyó entonces un ruido estrepitoso, como el de un micrófono al caer. Luego, nada...

Tras un momento de confusión, tomó la palabra un alto funcionario del gobierno para anunciar que toda el área en torno a Princeton estaba bajo ley marcial. Pidió al público que no se alarmara, ya que «las autoridades tenían la situación "bajo control"».

Los americanos sabían, aquel año que precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial, que cuando los políticos les pedían que estuviesen tranquilos, era que se aproximaba el final. El estudiante de Princeton dio media vuelta y trató de llegar a su punto de partida lo más rápidamente posible. No volvió hasta que se supo el «happy end» del drama. Resulta que todos los marcianos murieron a consecuencia de su exposición al resfriado común, la más eficaz entre las armas de que disponemos los terráneos.

## EL PELIGRO NO VIENE DE MARTE

Millares de compatriotas del estudiante de Princeton tuvieron reacciones similares a la suya. Durante toda

Después, en 1961, tras el fracaso de la Bahía de Cochinos, se dejó a un lado la tradición. Ocurrió esto en el programa semanal «Twilight Zone» («Zona entre dos luces»), tan vanguardista como lo había sido el programa de Welles en los años treinta. Fue en uno de estos programas, por ejemplo, donde se llamó por primera vez la atención del público sobre la posibilidad de que a un general norteamericano de alta graduación y paranoico se le ocurriese desencadenar de repente una «guerra preventiva». La película «¿Teléfono rojo? ¡Volamos hacia Moscú!» trataría, años después, el mismo tema.

Tres días antes de que Kennedy presentase a las Naciones Unidas sus propuestas para el desarme, que se convertirían luego en pieza clave de su política exterior, en el espacio «Twilight Zone» se presentó un programa de «ciencia-ficción» que, según el anuncio, mostraba a los telespectadores lo que podía muy bien ocurrir cinco años más tarde «en algún lugar de América». La cámara revelaba una ciudad después de una guerra atómica. Los almacenes y los edificios habían quedado intactos, pero sus habitantes habían desaparecido, seguramente a consecuencia de la radiación. Sin embargo, había un superviviente: una atractiva muchacha vestida de andrajos que recorría las calles desiertas en busca de comida. De repente, la muchacha encontraba una lata de carne sin contaminar, pero aparecía entonces un hombre barbudo detrás de ella para impedirle que la abriera. La

**PARABOLA  
DE  
ADAN Y EVA  
ATOMICOS**



Fue una noche de espanto para los radioescuchas estadounidenses: el 31 de octubre de 1938, un joven llamado Orson Welles convenció a sus conciudadanos de que el país estaba siendo invadido por marcianos.

Por THOMAS BUCHANAN

muchacha sacaba un cuchillo, dispuesta a defender su vida, su lata o, en último extremo, su honor.

### EL «STRIP-TEASE» DE LA EXISTENCIA

Hasta aquel momento, las simpatías del telespectador eran para la joven. Pero la situación se alteraba cuando el barbudo le preguntaba: «¿Qué ocurrió con el resto de los invasores de nuestro país?», y la muchacha respondía... ¡en ruso! El espectador podía ver ahora unas insignias soviéticas en los andrajos de la muchacha. Con una llave de judo, la muchacha rusa conseguía tirar al suelo a su adversario. Pero cuando se disponía a rematarle con un cuchillo, aquél le retorció el brazo y le hacía soltar el cuchillo. Luego la reducía. La cámara enfocaba a la muchacha, tirada ahora en el suelo a los pies del americano barbudo, con las faldas arremangadas hasta donde permitía la censura estadounidense. El americano se inclinaba entonces y recogía la lata de carne. La abría y sacaba un muslo de pollo, que devoraba a continuación. Luego, se alejaba, dejando en el suelo a su vulnerable enemiga. A los pocos minutos volvía con la lata de pollo, que colocaba entonces en el suelo, al alcance de la muchacha marxista. Esta no se hacía ilusiones en cuanto a las condiciones del trato que se le proponía, pero tenía tanta hambre, que devoraba, a su vez, los restos del pollo. El americano, entonces, sin exigir el tributo esperado, giraba sobre sus talones y se marchaba.

La joven soviética le seguía. De repente, llegaban a un depósito de armas abandonadas. Impulsivamente, cada uno cogía un rifle y apuntaba hacia el otro. Luego seguían calle-abajo y, en otra tienda, encontraban artículos de tocador y agua. El americano se afeitaba la barba. Mientras tanto, su compañera comunista admiraba los vestidos expuestos en el escaparate de una «boutique». Pero el ex barbudo le reprochaba que tuviese la cara sucia y le tiraba una toalla y una pastilla de jabón. La rusa, humillada por no satisfacer los requisitos higiénicos de Occidente, se bañaba lo mejor que podía. Pero el americano seguía insatisfecho e insistía en que la rusa debía desnudarse por completo y ponerse uno de los vestidos del escaparate, productos de la «cultura occidental».

La pobre chica estaba visiblemente atormentada. Quitarse su andrajoso uniforme significaba renunciar a su categoría de soldado ruso. Durante el resto del programa se iba intensificando este dilema suyo hasta que, finalmente, consentía en hacer «strip-tease». No se intercambiaban besos al final. Aunque se adivinaba un deshielo entre la Eva marxista y el capitalista Adán, Eva seguía mostrándose hacia el final un tanto esquiva, pero al espectador no le cabía duda de que los dos personajes de la historia habían llegado a la misma conclusión: repoblar la tierra. (Y no había tiempo que perder en aquel Edén posatómico.)

Así comenzó la era de la Coexistencia Pacífica. ■ T. B.

## EN AMPOLLAS!! LA BELLEZA DE HOY



En ampollas, una línea de belleza completa, simple, eficaz, duradera. La suya, a partir de este instante.



V. rejuvenecimiento de rostro y cuello (rostros fatigados)

S. fortalecimiento del busto

D. desarrollo del busto

J. descanso, relax, modelado de las piernas

# LANCASTER

ARRÊTE LA MARCHÉ DU TEMPS

